

NO es fácil sobrevivir a dos siglos y medio de exégesis académica, sobre todo cuando se ha convertido uno en el prototipo mismo de «filósofo» para profesionales de la filosofía y nadie acude al rescate desde ámbitos menos asfixiantes que las aulas universitarias. Los poetas leen a Platón; los políticos, a Aristóteles; los científicos, a Epicuro y Lucrecio; los curiosos, a Montaigne; los matemáticos, a Descartes y Leibniz; los revolucionarios, a Spinoza... Pero, ¿quién lee a Kant? Sólo los profesores de filosofía, absurda cetera tan incapaz del riesgo del pensamiento como fascinada por el mecanismo del pensar. Kant lo tiene todo para encandillar a los doctores: una jerga especializada, una estructuración altamente compleja y ambigua, que se presta a la paráfrasis, una pretensión sistemática, pequeñas oscilaciones de opinión —dentro de una fundamental coherencia— que permiten hablar de un «primer Kant» y un «segundo Kant», una cierta impenetrabilidad para el profano, notas moderadamente edificantes y una crítica «seria» de la tradición que posibilita la inacabable disputa entre los «tradicionalistas» y los «modernos» en el seno tibio de la Academia. Es el filósofo soñado para un curso, el autor que mejor encaja en el plan de estudios. Además, el destino de Kant es tan profundo y secreto que, visto desde fuera, parece una ausencia de destino: no tiene biografía que atraiga sobre él la atención, sólo un escaso repertorio de anécdotas —su silueta corcovada, su puntualidad, su criado con el paraguas, su terca radicación en Königsberg...—, que más bien contribuyen a propinarle cierto airecillo ridículo, un rancio aroma a alcanfor. Y sin embargo...

Sin embargo, además de dar cumplido pie a todo lo dicho, Kant fue el filósofo que se atrevió a pensar en toda su radicalidad los supuestos dispersos de la Ilustración y su cumplimiento en la Revolución Francesa; el más encarnizado defensor de la razón como definitiva guía y fundamento de la vida humana, contra la superioridad de cualquier otra instancia, instintiva, religiosa o política, y Kant fue, por encima de todo, el filósofo de la libertad, suprema exigencia del hombre para dar sentido a su paso por la tierra, que se manifiesta en la opción ética por la que cada individuo contribuye a la implantación de la comunidad pacífica y justa. Que la frondosidad de un razonamiento exigente consigo mismo hasta lo moroso no nos oculte el auténtico designio del pensamiento kantiano: la explicación teórica de todas las consecuencias que conlleva la respuesta más rigurosa a este interrogante: ¿Qué significa ser libre?

Fue el mismo Kant quien dijo: «En filosofía no hay autores clásicos».



KANT Y EL REINO DE LA LIBERTAD

Quiso decir que ningún conocimiento exhaustivo de un sistema ni la veneración por la tradición más acreditada dispensan de pensar; las soluciones de la filosofía no son definitivas, como las de la fe, ni progresivamente acumulativas, como las de la ciencia: cada

va, con el hondo alivio de quién se quita de encima una tarea arriesgada y gravosa: «Ya no será preciso pensar, de ahora en adelante bastará con calcular». Pues pensar no significa describir o utilizar lo real, sino agotar teóricamente sus contradicciones. Utilizado como

Fernando Savater

filósofo cuenta su historia desde las de los otros, tomando el cuento del otro como alusión o contrapunto, tal como en las «Mil y una noches», cada narración se engarza con la precedente o se incrusta dentro de ella como el desvarío de un argumento más vasto. Empero, Kant ha adquirido la categoría de clásico del racionalismo e incluso hay quien saluda en él el acabamiento de la metafísica especulati-

va, con el hondo alivio de quién se quita de encima una tarea arriesgada y gravosa: «Ya no será preciso pensar, de ahora en adelante bastará con calcular». Pues pensar no significa describir o utilizar lo real, sino agotar teóricamente sus contradicciones. Utilizado como clásico, Kant es un escudo contra el pensamiento, un policía de la especulación que cierra el camino a los desarrollos espirituales más ambiciosos, y, por tanto, subversivos; así puede ser entendido el Kant del final de la «Crítica de la Razón Pura», cuando afirma que la meta especulación, es decir, la metafísica, «en nada desmerece por el hecho de que sirva más para impedir errores que para ampliar el co-

nocimiento, antes bien le da dignidad y prestigio por la censura que ejerce, la cual garantiza el orden universal y armonía —y aun bienestar— de la república de la ciencia, evitando que sus animosas y fecundas elaboraciones se aparten del fin principal: la felicidad universal». De aquí puede derivarse una raquítica, conformista y bienpensante filosofía instrumental, dedicada a perseguir abusos «metafísicos» y a pergeñar marcos para las ciencias, que reclamará para sí y gozará su carácter de institución. No seguiremos aquí este uso complaciente con lo dado, de tanto predicamento en la Academia hoy, y buscaremos aquello de Kant más urgente por menos vigente o radicalmente olvidado.

La ilustración fue una exaltación a todos los niveles de la Razón, diosa semidesnuda y provocativa, que los revolucionarios franceses acabaron entronizando en el desierto altar del viejo Dios. Frente a la Revelación, la razón prestigia una religión natural; frente al despotismo monárquico, un gobierno más y más igualitario y popular; frente a las limitativas vinculaciones de la tradición, una jubilosa realización individual; frente a la intolerancia y la persecución ideológica, la libertad de conciencia y la amplia discusión de los principios; frente al misticismo inmovilista, la creatividad científica que acaba por dominar a la Naturaleza... Kant respondió a la pregunta: «¿qué es la Ilustración?» con un vibrante párrafo que alcanzó merecidamente la celebridad: «La ilustración consiste en el hecho por el cual el hombre sale de la minoría de edad. El mismo es culpable de ella. La minoría de edad estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad, cuando la causa de ella no yace en su defecto del entendimiento, sino en la falta de decisión y ánimo para servirse con independencia de él sin la conducción de otro. ¡Sapere aude! ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! He aquí la divisa de la Ilustración». Toda la obra filosófica de Kant no es más que el proyecto de un racionalismo sistemático, una exploración radical de los propósitos, las capacidades y los límites de esa ambigua diosa nacida en Grecia que no había dejado ni un instante de ampliarse y depurarse en la abstracta desnudez de la conciencia pecadora del cristiano. El filósofo ilustrado constata la enemistad universal de los estamentos asentados en la fuerza de lo indiscutible contra la libertad de razonamiento: «Oigo exclamar por doquier: ¡no razones! El oficial dice: ¡no razones, adiéstrate! El financiero: ¡no razones y paga! El pastor: ¡no razones, ten fe!». Pero, a continuación, vislumbra en la silueta del déspota ilustrado de su época

la futura alianza del poder de la razón con la razón del poder: «Un único señor dice en el mundo: ¡razonad todo lo que queráis y sobre lo que queráis, pero obedeced!». El déspota ilustrado «no teme a las sombras», pero se apoya en un fuerte y disciplinado ejército interior para mantener una paz que no es, en último término, más que el reumbar de su palabra de mando. En este punto de inflexión llega la ilustración a lo que Nietzsche llamaría «su mediodía»: entre un autoritarismo intolerantemente dogmático y el naciente Estado que se va configurando para poder asimilar dosis de controversia que antaño hubiesen sido fatales para el orden.

Según Mendelssohn, Kant era «el destructor de todo». Lo primero que destruyó fue la unidad misma del espíritu, que fragmentó en tres facultades: razón, entendimiento e imaginación. En el entendimiento residen los mecanismos del conocimiento, la compleja fábrica de nuestra catalogación del mundo: de aquí la ciencia y la regulación de lo científico. Es una facultad instrumental con respecto a la razón, cuyo mundo es el de los fines que dan sentido último a la vida del hombre en la tierra: de ella depende la moral. La imaginación se encarga, de algún modo, de conciliar y armonizar las otras dos facultades. En el ámbito del conocer prima el entendimiento, y Kant formuló ciertas importantes restricciones al uso teórico puro de la razón, que fueron consideradas como una estocada definitiva a la posibilidad de la metafísica: puesto que el entendimiento sólo funciona sobre los fenómenos que le proporciona

la experiencia sensible y la razón, a su vez, sólo generaliza apoyada en los materiales organizados por el entendimiento, es claro que la razón no puede alcanzar a determinar objetos como Dios o el alma, de los que carecemos de toda intuición experimental. Sin embargo, estos complejos razonamientos de la «Crítica de la Razón Pura» sólo sirvieron para clarificar que el tipo de conocimiento que pretende la metafísica es distinto del saber instrumental que se propone la ciencia empírico-matemática, cuyo modelo en época de Kant seguía siendo la física newtoniana. El logro esencial de la «Crítica» es separar radicalmente la razón instrumental de la razón especulativa o dialéctica, no quedando esta última condenada a la legalidad, sino referida a una legalidad diferente. Quizá esta escisión fundamental no es más que la interiorización definitiva de la división del trabajo, que hiende el espíritu para mejor dominar al hombre. En todo caso, desde un punto de vista histórico, Kant no sólo no acaba con la metafísica especulativa, sino que acelera su más alto cumplimiento al destacar el definitivo papel del sujeto en la constitución del objeto. Libre, por obra del mismo Kant, del modelo de la ciencia experimental, la especulación metafísica, es decir, el ejercicio de la razón pura, levanta sus más audaces construcciones: los sistemas de Fichte, Schelling y Hegel. Con este último, el racionalismo de la Ilustración alcanza su completa realización o, si se quiere, su Thermidor: todavía hoy seguimos prisioneros en el resplandeciente círculo de sombra trazado



Portadas de las ediciones príncipe de dos obras de Kant: a la izquierda, «Crítica de la razón pura», editada en Riga; a la derecha, «La religión dentro de los límites de la mera razón», publicada en Königsberg.

por el Sabio Absoluto. Quienes —¡aún hoy!— crean haber encontrado en Kant una inapelable condena de la especulación metafísica, como reino de vagas abstracciones opuestas a la sólida experiencia de la útil ciencia, recuerden estas palabras del mismo pensador de Königsberg: «Para escándalo de la filosofía se ha alegado, con no poca frecuencia, que lo que puede ser cierto en ella sea, sin embargo, nulo en la práctica. Y, por cierto, que se ha dicho en un

tono excesivamente desdeñoso y pleno de arrogancia; pues se pretendió reformar a la razón misma por medio de la experiencia, y justamente en aquello en que ella pone su honor supremo. La sabiduría se oscurece si cree que con ojos de topo, apegados a lo empírico, se puede ver más y con mayor precisión que con los ojos propios de un ser constituido para estar erguido y contemplar el cielo». Y esto no es en modo alguno una hipócrita declaración beata, contraria a lo practicado por el mismo Kant, sino la más honda convicción que subyace a su pensamiento; para entenderlo así, basta con preguntarse qué es aquello en que la razón pone su honor supremo, según Kant.

El entendimiento se ejerce en el ámbito de lo sensible; pero el mundo de la razón es suprasensible: no es el reino necesario de la Naturaleza, sino el de la libertad. La libertad es la categoría racional por excelencia, su materia propia, el oxígeno que respira. Al aplicarse a la Naturaleza, el entendimiento descubre por todas partes el funcionamiento inexorable de la causalidad, categoría fundamental del conocimiento, a la que, en último término, se reducen todas las otras, como demostró Schopenhauer siguiendo la traza de Kant. Pero hay un ámbito en el que las causas y los efectos dejan de engarzarse necesariamente: es el mundo de la opción abierta, el reino de la libertad, en el que la razón puede finalmente entregarse al juego que le da sentido: elegir. Ya no se trata de descubrir y acatar implacables leyes naturales, sino de dictar y respetar una ley propia, libre, específicamente humana: **Obra de tal modo que tu conducta pueda llegar a convertirse en norma general.** La voluntad acepta esta ley de la razón por un acto de libertad completamente autónomo, no mediado por consideraciones de premios o castigos: según Kant, no hay nada tan valioso que pueda recompensar al hombre por el ejercicio de su libertad moral, pues este ejercicio



Vista de la ciudad natal de Kant, Königsberg, en un grabado de la época. A la izquierda, en primer término, la casa del filósofo; al fondo, el palacio real.

EL LIBRO DEL AÑO
ES SU REGALO DE ESTAS FIESTAS



Marilyn

una biografía de
NORMAN MAILER

imágenes de los mejores fotógrafos del mundo

EDITORIAL LUMEN

AYUDAS MANUEL AGUILAR PARA LA INVESTIGACION 1975-1976

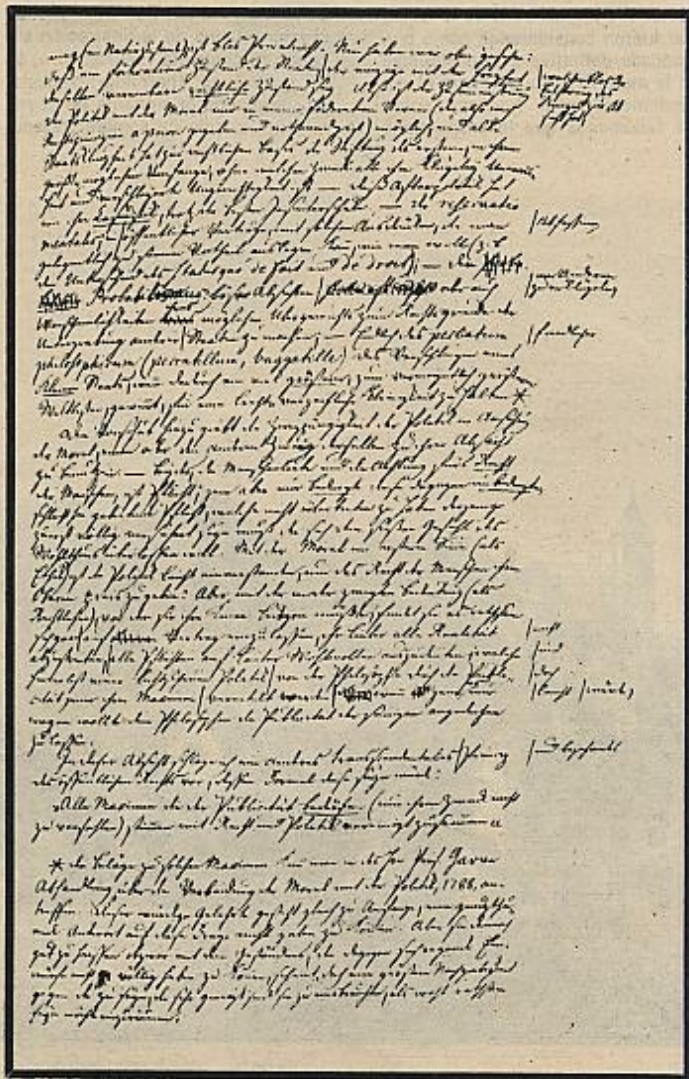
Aguilar, S. A. de Ediciones, hace pública la convocatoria de las Ayudas Manuel Aguilar, correspondientes al bienio 1975-1976, de acuerdo con las siguientes bases, que reproducimos aquí resumidas: Se asigna al fondo de Ayudas una cantidad global de dos millones de pesetas, cantidad que se distribuirá en un máximo de cinco Ayudas, reservándose al Jurado la facultad de determinar el número de las mismas y su cuantía. Las propuestas de investigación cursadas por los solicitantes de las Ayudas versarán sobre temas de su libre elección, aunque deben estar directamente relacionadas con las siguientes disciplinas: Ciencias Sociales y Derecho, Filosofía y Humanidades. Los solicitantes deberán ser de nacionalidad española, hispanoamericana, guineana ecuatorial o de cualquier otra nacionalidad, siempre y cuando hayan obtenido carta de residencia en España o en las zonas antes mencionadas. A la solicitud deberá acompañarse de la documentación siguiente: Memoria descriptiva y detallada del trabajo que se propone realizar, avalada por dos personas de solvencia en la disciplina correspondiente. La memoria deberá ir acompañada de una estimación de la cuantía y modalidades de pago que se propongan para la Ayuda, como del plazo necesario para llevar a cabo la investigación; «currículum vitae», una fotografía y otros documentos de interés. Los interesados deberán dirigir sus solicitudes a Aguilar, S. A. de Ediciones, Juan Bravo, 38, Madrid-6, antes del 31 de mayo de 1975.

KANT Y EL REINO DE LA LIBERTAD

es lo más valioso, ni tan terrible que pueda disuadirle de practicar su libertad contra la ley, pues caer de libertad de elección es lo más terrible. Quién actúa moralmente para conseguir el cielo o por temor al infierno, no ha entendido cuán grande es el valor de la libertad; sigue siendo un niño, al que rigen criterios ajenos, pero no el ejercicio de su propia razón. Lo mismo puede decirse de quienes pretenden oponer al cumplimiento de la ley moral criterios de placeres o beneficios terrenales, o quieren justificar el acatamiento a la ley considerándola fuente del placer más alto: pues nada, ni siquiera la felicidad puede medirse, oponerse o reforzar a la virtud. Son magnitudes incomparables: «La felicidad contiene todo (y también nada más), lo que la Naturaleza nos ha procurado; la virtud, en cambio, lo que sólo el hombre se puede dar o quitar a sí mismo». Austeridad plenaria la de este intento de devolver a la voluntad toda su autonomía e instalar la razón en total libertad. La apuesta ilustrada por las luces se juega aquí en su terreno más importante,

y nunca como en Kant se acepta hasta sus últimas consecuencias la altiva y despojada soledad de la razón como guía del hombre.

Pero, ¿qué nos puede inclinar a aceptar la formulada ley moral? ¿No seremos igualmente libres actuando de cualquier otro modo, haciendo daño a los más débiles y ejerciendo la rapiña en nuestro provecho, por ejemplo? También para Kant, como para Sócrates, el malo es quien no entiende, quien permanece incapaz del ejercicio ilustrado de la propia razón. Porque la tarea más alta de la razón, el triunfo más radiante del espíritu, lo más precioso para quien ha logrado pensar, es el establecimiento de una comunidad justa y libre. Sólo respetando la ley moral, que dicta su universalidad imparcial al mundo finito y contradictorio en que vivimos, podemos propiciar la llegada de la Ciudad Ideal. ¿Con qué menos va a conformarse el hombre libre? La prioridad de la razón sobre el entendimiento tiene su adecuado reflejo en la del reino de la libertad sobre el de la Naturaleza. El mundo sensible es el campo de juego del espíritu, que lo va orga-



Manuscrito de uno de los textos políticos de Kant: «La paz perpetua».



Siendo rector en Koenigsberg, Kant sufrió las consecuencias de la estricta censura de la corte de Federico Guillermo II, a cuya voluntad el filósofo tuvo que someterse. Sobre estas líneas, el monarca prusiano, con su favorita.

nizando a su imagen y semejanza hasta conseguir la paz perpetua. Si esta concepción parece escandaloso idealismo abstracto a nuestros impíos oídos, intentemos recordar que es el último planteamiento de actuación política desde la moral, es decir, la última vez que se considera la actuación moral más razonable comportarnos como si fuésemos realmente libres, para merecerlo y llegarlo a ser. Después, ya vendrá Hegel a enseñarnos que sólo el Estado es libre, que no hay más libertad que la interiorización del acatamiento del Estado, que el juego político no es libre, sino histórico, es decir, necesario, que al espíritu finito no le queda más razón que la razón de Estado, y que la aparente libertad negativa de su «non serviam!» no es sino el cumplimiento de su necesidad más íntima, la de su muerte. A fin de cuentas, salvadas todas las distancias, el «tú debes» de Kant está más cerca del «yo quiero» de Nietzsche de lo que parece,

pues a ambos les aproxima su rebeldía contra el «yo soy» de Hegel. ¿Acaso no emociona la protesta del hombre moral contra el político que conoce «de verdad» a los hombres y recomienda mano dura? «Nuestros políticos dicen que es necesario tomar a los hombres como son, y no como los pedantes, que ignoran el mundo, y los delirantes bienintencionados, que sueñan que deberían ser. Pero ese "tal como son" tendría que significar: lo que hemos hecho de ellos por injusta coacción, por pérdidas intrínsecas llevadas al gobierno, o sea, seres tercos e inclinados a las revueltas». Es la voz de Rousseau, la voz de los ilustrados. Hay una suprema confianza en que el individuo, asediado por las limitaciones de la materia y corrompido por los manejos de los déspotas, guarda en lo más hondo de sí un irreductible foco de energía que no renuncia a la tarea libertaria de crear una comunidad perfecta. Como hoy estamos acostumbrados a juzgar toda

actitud política por un baremo de éxito o fracaso, que ya de por sí lo condena todo a un radical fracaso, nos cuesta aceptar el proyecto ético de Kant: «No se trata de ser felices, sino de ser dignos de la felicidad».

Nietzsche criticó ferozmente, según su manera, a quien llamaba «el gran chino de Koenigsberg». En un primer término, le parecía elogiable que Kant hubiese probado la subjetividad del espacio y el tiempo, de la causalidad, en una palabra, del mundo sensible, disipando así la ilusión cientifista de objetivismo. Pero la filosofía kantiana le parecía morosa, falta de estilo, doctoral, más digna de funcionarios que de creadores; además, en el conformismo de la vida privada de Kant advertía un fiel reflejo de los compromisos de su pensamiento: «Kant estaba apegado a la Universidad, sometido a los poderes públicos; guardaba las apariencias de una fe religiosa, soportaba vivir entre colegas y estudiantes; es, pues, natural que su ejemplo haya producido profesores de filosofía y una filosofía de profesores». («Consideraciones intempestivas»). La posteridad de Kant le dio en buena parte la razón, pero la figura misma de Kant no fue tan indiscutiblemente filisteo como Nietzsche la pinta. Respecto a su sometimiento al Estado, recordemos que el mismo rey Federico Guillermo II le prohibió escribir o hablar de religión, a raíz de su libro «La religión en los límites de la razón»; no fue ésta la única campaña oficial contra las enseñanzas del «destructor de todo». Por otra parte, en su interesante opúsculo, «El conflicto de las facultades», Kant define el papel de la filosofía como crítica de todas las restantes disciplinas (Teología, Derecho, Medicina), «lo que en verdad les resultará muy molesto, pues sin estos críticos hubiesen podido reposar tranquilamente en su posición». La filosofía «sólo se ocupa de doctrinas que no son aceptadas como normas por orden de un superior» y debe considerársela como «libre y dependiente exclusivamente de la legislación de la razón y no de la del gobierno». Estas no son declaraciones huecas, pues toda la obra de Kant confirma con su práctica la honradez de estas convicciones. Evidentemente, lo que Nietzsche le reprocha es no haber puesto en tela de juicio la noción misma de razón, pese a haber iniciado efectivamente su crítica y haber basado su moral en el deber, tan fácil de convertir en consigna esclavizadora. Respecto a la ética kantiana, ya hemos dicho algo antes y hemos intentado mostrar que hay en ella una profunda exaltación de la libertad, que, en su calidad de opción radical, quizá no difiera tanto como parece de la «transvaloración de los valores» nietzscheana. Con el tema de la razón entramos en la crítica de la gloria y miseria de la Ilustración toda; quizá hasta que ésta no llegó a su punto máximo de esplendor, con Hegel, no

fue posible la reacción de Nietzsche. En todo caso, a Kant no se le ocultaron las dificultades ni las paradojas de la ambigua diosa revolucionaria. En un momento advierte que el hombre sueña con un paraíso de ignorancia y holganza, del que la arrolladora actividad de la razón le saca, y cuyo retorno le prohíbe: «La razón lo impulsa a soportar con paciencia fatigas que odia, a perseguir el brillante opón de trabajos que detesta e inclusive a olvidar la muerte que le horroriza: todo ello para evitar la pérdida de pequeñeces, cuyo despojo le espantaría aún más».

Los últimos meses de la vida de Kant fueron particularmente dramáticos, según nos cuenta Thomas de Quincey. Sus facultades intelectuales mermaron hasta la imbecilidad; por una muestra de lo que Borges llamaría «la espléndida ironía de Dios», perdió la noción del tiempo y del espacio. En el pequeño cuaderno que le servía de *va-demecum* tuvo que apuntar los nombres de los meses del año, que olvidaba, y los temas de conversación que ya había discutido en la sobremesa con sus amigos, pues temía repetirse y aburrirlos. Frecuentes pesadillas acosaron su sueño, habitualmente sereno. Voluntarioso, escribió en su cuaderno: «No entregarse a los pánicos de las tinieblas». Esta postrera resolución del racionalista moribundo sirve de divisa a su vida toda y de lema animoso a quienes aún nos debatimos en la oscuridad. ■ F. S.



El destino de Kant es tan profundo y secreto, que, visto desde fuera, parece una ausencia de destino: no tiene biografía que atraiga sobre él la atención, sólo un escaso repertorio de anécdotas, su silueta covada, su puntualidad...